

Antonio Gálvez Arce (Antonete)

Héroe liberal (1819-1898)

MANUEL MUÑOZ BARBERÁN

*Biografía perteneciente al coleccionable “Personajes murcianos”
La Verdad / Caja de Ahorros de Alicante y Murcia*

Antonio Gálvez Arce nació en la hermosa ciudad de Niza... Perdón. Quien nació en la bella y simpática ciudad de Niza fue Garibaldi, doce años antes de que naciera Antonio Gálvez en Torreagüera, en 29 de Junio de 1819. Garibaldi había nacido el 4 de Junio de 1807. Así que, cuando Gálvez tenía quince años, el italiano contaba veintisiete y ya era suficientemente conocido en parte del mundo. Como no vaya parangonar la vida de estos dos hombres, hago sólo esa observación y añado que, sin Garibaldi, Antonete Gálvez hubiera sido el mismo pero no enteramente igual; me parece cosa segura.

Antonete es nuestro héroe liberal, el héroe de la región murciana, que no tiene héroes conservadores, me parece. Los héroes conservadores, si los hay, no se hacen populares. Como Gálvez no escribió sus memorias, no podemos saber qué lecturas tuvo en su niñez, cuáles en su juventud; qué amistades cultas, qué maestros, y no me refiero a los de primeras letras. Cuando nació, reinaba en España el Rey Deseado, Fernando VII. Si este rey moría sin sucesión masculina, el heredero de la corona sería su hermano Carlos, que sería llamado Carlos V. La Ley Sálica impedía que reinase una mujer, en este caso, la pequeña Isabel. En los últimos momentos de Fernando VII esa ley es abolida y el trono queda dispuesto para esa niña. Y ocurre algo curioso y frecuente: los españoles que estuvieron de parte de Fernando VII cuando adoptaba rigores de rey absoluto, se irritan cuando realiza este acto de abolición, que es el de un rey absoluto. Y no están de acuerdo y se levantan contra esa pequeña reina en cuyo nombre gobierna su madre, y arman la de “*Dios, Patria y Rey*” y “*Trono y Altar*”. La primera guerra carlista. Un año antes de esta primera guerra carlista, en 1832, nace en Cádiz Emilio Castelar. Así van enredando sus hilos las tres oscuras mujeres de la mitología antigua.

Isabel II reina y deja llevar su reinado entre bajadas y subidas de liberalismo y de conservadurismo. Como reina española, es católica aunque deje hacer, acaso un tanto horrorizada, desamortizaciones de todo punto necesarias y extremadamente mal realizadas. Como tal católica, su ayuda al Papa en momentos de apuro es efectiva pero inoperante. La personalidad de Antonete Gálvez destaca hasta que esta reina Isabel pierde su trono y comienzan las componendas de Gobierno provisional, de Amadeo de Saboya (un rey Amadeo en la España de los Alfonsos y Fernandos...) y, por fin, de la 1ª República Española.

Gálvez no ha soñado la consecución de un gobierno liberal con corona. Ni un reinado liberal con testa extranjera. Ni una república con el Dios del Sinaí al fondo, quizá. Gálvez sueña y desea una república federal con administración aparte de cada región, al modo suizo: cantonalismo. Y libre pensamiento, y libre religión. Todas las

libertades para el pueblo y que Madrid, centro de corrupciones, quede allí, en su cantón propio, mientras los restantes cantones españoles se administran patriarcalmente y consiguen un medio de vida tal como paradisíaco pero en que cada uno pueda comer su manzana sin temor a maldiciones centralistas.

Gálvez, a sus veinticuatro años casa con su prima hermana María Dolores Arce Tomás. Antonete ha vivido siempre en un medio rural, huertano, y para él -aparte el amor consiguiente- la boda tendría una parte interesada que va por debajo y que ni el propio enamorado llega a percibir. Gálvez jamás renunciará a la seguridad que da el tener unas cabezas de ganado, unas vacas más. Su paraíso ideal sigue parcelado y este es un fallo de su idealismo progresista, según parece. Acaso su pretensión última es la de pequeños paraísos que forman un paraíso grande.

Gálvez no es un idealista que se sienta en la manta doblada, que cruza las piernas, medita y habla pausadamente de sus sueños y pretensiones. Gálvez es un realizador activo de esos sueños. Empleará en esa actividad a su cuñado, luego a sus hijos, a sus amigos, a sus partidarios huertanos y de la ciudad. No va a recorrer España predicando el cantonalismo sino que lo va a realizar desde su región, así quede solo el Cantón Murciano frente al resto del país. Ya seguirán el ejemplo los demás. Su lucha particular está aquí, en su Torreagüera, en Murcia, en Cartagena.

Cuando Antonete Gálvez se echa al monte con los suyos y se decide a luchar por la proclamación de una república federalista, lo hace viendo que “el glorioso pronunciamiento” va a desembocar en algo que no es de su agrado. Ilustres republicanos (centralistas) le impulsan a ello: “*En el momento que reciba ésta, se alzarán en armas, con la bandera republicana democrática federal, considerando como asunto grave cada día que pase sin que lo efectúe*”. La intentona de Miravete queda estereotipada como fase importante de la vida de Gálvez. Sin gasto de bronce, su figura la ve el murciano recortándose en ese alto de la sierra.

Tras la batida del Batallón de Reus, Gálvez escapa hacia Orán, donde hay quien dice que buscó remedio a su emigración desamparada, con algunos negocijos de contrabando.

Pasados los gobiernos provisionales, y el intento monárquico de Amadeo de Saboya, la República está aquí, pero, a poco que lo piensan Antonete Gálvez y sus compañeros de idealismos, ven que no es la que ellos apetecían, deseaban con todo su corazón: la República Federal.

Pero, por fin, Murcia es un cantón independiente, dentro de la unidad de la patria, sí, pero independientemente. Todas las provincias españolas se levantan contra el centralismo ominoso. Todas salvo Madrid que es un cantón aislado en que se cuecen en su salsa odiosa los Castelar y Salmerón, dictadores con sus secuaces.

Poco a poco, mientras los sueños de provincias alzadas contra el centralismo se van desmoronando, el cantón se reduce a Cartagena. Donde todo va muy bien. Antonete Gálvez es Encargado de Ultramar. El Cantón se irrita contra los señores que han dejado sus casas huyendo de la ciudad. El Cantón se irrita contra “*la pequeña ciudad murciana*” Lorca porque Gálvez ha ido a cobrar lo que esta “*ciudad rural*” debía al

Estado y a la Provincia, unos cincuenta mil duros, y Gálvez ha vuelto con sólo tres mil duros. Y es que Gálvez *“tiene el corazón de un niño y no quiere originar catástrofes”*, es decir que Gálvez mueve la cabeza, tres mil duros en mano, mira compasivamente a los rurales de Lorca y se vuelve a sus asuntos de Ultramar explicando el fracaso como puede. Y se irrita el Cantón contra la propia ciudad de Murcia que ha contribuido *“con la insignificante cantidad de treinta y siete mil reales que el ciudadano Gálvez recaudó sin exacciones”*.

Ante la actitud rebelde de los gobernantes de Madrid, el Cantón dicta una orden tajante y severa: *“Orden de captura de Nicolás Salmerón y secuaces”*. Allí va. El Cantón está viviendo una rebelión idealista, poética, soñadora. No la está soñando, ni la está imaginando: la está viviendo realmente. El Cantón está siendo atacado por barcos extranjeros que intentan ayudar al odiado centralismo. Y es la República que tantos desearon la que acosa el Cantón.

El 7 de noviembre de 1873 hay votaciones en el Cantón y Gálvez obtiene 657 muestras de su popularidad, sobre Barcia, Contreras, Meléndez,...

El pronunciamiento cantonalista murciano, después sólo cartagenero, tiene lugar entre los años 1873-1874. El 13 de enero de 1874 el general López Domínguez entra con sus tropas en Cartagena y acaba con el dueño de un puñado de liberales extremados. Los dirigentes y responsables principales de este movimiento embarcan en la fragata “Numancia” y se dirigen a Orán. Allí son detenidos por el gobierno francés. Unos días antes, las Cortes han sido disueltas en Madrid por el general Pavía. Otro gobierno provisional sirve de puente hasta diciembre en que tendrá efecto el pronunciamiento de Sagunto. El 6 de enero de 1875, sale de París el príncipe Alfonso que embarca en Marsella en la fragata “Navas de Tolosa”. El 14 de enero Alfonso XII entra en Madrid. Falta sólo por arreglar lo de los carlistas en su tercera guerra. Todo ha vuelto a sus cauces anteriores y el reinado de don Alfonso deberá ser un reinado de pacificación.

La actividad de Antonete Gálvez es múltiple. Su generosidad le lleva a arriesgar su vida auxiliando en el año 54 a los afectados por el cólera morbo que llamaron “asiático”. Años después, en otra terrible epidemia que entristece a Murcia, la del 85, sus esfuerzos en pro de los afectados merecen la recompensa de una cruz de beneficencia.

La vida de Antonio Gálvez Arce es un fracaso. Como si las arcaicas mujeres de vestidos oscuros hubieran tejido sus hilos descompasadamente; como si los nudos se soltaran y deshilaran. Ve morir a su hija y a su Enrique, colaborador y compañero en todas sus gestas. Su vida se alarga más de lo que corresponde y cuadra a cualquier héroe. Gálvez debió morir en Miravete o en Cartagena. Muere el 27 de noviembre de 1898, finalizando el siglo. Muere “por causas que ignoramos”, en su casa del Huerto de San Blas. Su entierro es una “imponente manifestación de duelo” en la que no falta representación y corona de logia masónica. Y ante el deseo de enterrarlo en campo santo, se alza la negativa (acaso justificada entonces) de la autoridad eclesiástica. Se consigue esta parcela cristiana que pronto es rodeada de una zanja que ponga en claro las cosas. Se han enfrentado dos actitudes que resultan extrañas: el empeño de dar tierra cristiana a quien no quería, al parecer, nada con esa tierra. El negarla a unos restos para los que se quería ese entierro tradicional y generalmente respetado hasta entonces.